

PRÓLOGO

La relación de los pastores con la literatura y la poesía viene de antiguo; tanto es así que el primer libro que publica Cervantes en 1585, intitulado *La Galatea*, pertenece al género pastoril. Más aún, en el mismo *Quijote* aparecen numerosas referencias a las novelas de pastores. Parece curioso que un oficio tan humilde y alejado de las letras haya captado el imaginario de tan ilustres plumas. Tal vez lo que cautiva a los contadores de historias no es tanto la figura del pastor hombre, sino su mística. La soledad de los montes y páramos; la existencia sencilla, libre de ataduras y arraigos. Esta visión romántica avivaría la imaginación del literato.

Al pastor también se le atribuye pureza de espíritu; no en vano las vírgenes tienen a bien aparecérselos. Son habituales las referencias al zagal como heraldo de buenas nuevas, y no pocas son las ermitas que se han erigido para honrar y significar tan celeberrimo encuentro.

Si los pastores, arquetipo de humildad y pureza, han sido objeto y motivo de las apetencias creativas de ilustres cronistas: ¿por qué no pueden ellos también ser escriba y vehículo de las musas? De eso trata precisamente esta historia, de cuando los pastores dejan el cayado y agarran la pluma para dar voz a sus vivencias. No debe esto ser cosa extravagante en demasía, puesto que solo en la sierra de Albarracín contamos dos ejemplos: Manuel González «*El Foly de Guadalaviar*», y Mariano García López «*Picache de Rodenas*».

La primera vez que vi a Mariano fue en su Rodenas natal; nos recibió con semblante sobrio y parco en ademanes. Pisaba ligero, cual pajarillo que se acerca titubeante, presto a alzar el vuelo. En el quicio

de su puerta, y vigilados por un santo custodio; nos habló de su vida. Su voz era queda y pausada, pero ganaba en sonoridad al recitar sus poemas.

Meses más tarde volví a encontrarme con él; reparé en que su rostro estaba atravesado por profundos surcos. Se me antojó entonces que esa faz afable y reservada dibujaba los accidentes geográficos de la sierra. Me pregunté si el rostro de un hombre no es, en definitiva, reflejo de su territorio. El fruto de un experimento alquímico que haría que paisaje y paisanaje se tornen uno. Así pues, Mariano se habría convertido en Rodenas, y Rodenas en Mariano.

Mariano no tiene libros, le basta su imaginación para representarse el mundo. Por ello escribe lo que siente, y siente lo que escribe. Su poesía es como la tierra que labra el tiempo: recia y libre de adornos, fresca y fragante.

Apreciado lector, te ruego te desnudes de prejuicios y enfren-tes la obra de Mariano con mirada limpia. Su prosa es libre. Nace de la belleza de los paisajes, riachuelos, flores y árboles; también del frío, la intemperie y la soledad.

Las palabras se saborean porque brotan gorgoteando, directas del alma. Es una poesía de aprovechamiento como la cocina del lugar. Hecha con productos de proximidad, donde nada sobra. No busques en ella esterificaciones ni subterfugios. Paladea sus sabores primarios, desnudos de especias y añadiduras.

La lírica de Mariano evoca los caminos polvorientos y desolados de la sierra, y anuncia el ocaso de un tiempo que no ha de volver. En sus poemas se percibe la algarabía de voces que antaño le precedieron; hoy meros susurros. Disfruta por tanto de este poemario, porque habla de lo breve de la existencia, de las gentes que pasan por el mundo con levedad, sin estridencias; tratando de que su efímera existencia no deje marcas indelebles en el territorio.

Dicen que la lana de las ovejas que viven dos primaveras es doblemente suave, así también es la sensibilidad del pastor que las acompaña, y que da vida a esta obra. Disfruta pues de ella, estimado lector.

Héctor Marín Manrique